

CONFESIONES DE AGUSTÍN DE HIPONA: UN TESTIMONIO DE APRENDIZAJE

Confessions of Augustine of Hippo: A Testimony of Learning

Miguel Oñate Carvajal*

Resumen

El proceso de aprendizaje hecho por Agustín en *Confesiones* es toda una serie de experiencias grabadas en su memoria que atestiguan el camino intelectual de un hombre que se abrió a la gracia de Dios, dejando atrás sus soberbias ambiciones retóricas y las apasionadas lecturas de los filósofos, para ponerse al servicio de la Palabra de Dios. Entre todas sus amistades y personas cercanas está su mamá, Mónica, y el obispo Ambrosio, que con su testimonio le ayudaron en el camino de su conversión a la fe católica.

Palabras claves: Agustín, *Confesiones*, aprendizaje, testimonio, retórica, amistad.

*Licenciado en filosofía, Pontificia Universidad Urbaniana (Roma). Magister en Filosofía en proceso, Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá).

Como citar este artículo: Ratti, P. (2019). Confesiones de Agustín de Hipona: un testimonio de aprendizaje. *Revista Caritas Veritatis*, 5, 13-41.

Recibido 20-04-2020 // Aprobado 20-08-2020

Abstract

The process of learning made by Augustine in *Confessions* is a series of experiences recorded in his memory, which testify the intellectual course by a man who opened himself to the grace of God, give up his superb rhetorical ambitions and his enthusiastic readings of the philosophers, to put himself to the service of the Word of God. Among his friends and close people are his mother Monica, and the bishop Ambrose, who is the testimony helped him on the path of his conversion to the Catholic faith.

Keywords: Augustine, *Confessions*, learning, testimony, rhetoric, friendship.

Agustín en sus *Confesiones* ha dejado por escrito gran parte del camino personal de un aprendizaje hecho de la mano de Dios, por eso más allá de la genialidad de su figura emerge su testimonio de fe en el misterio sublime del Dios trino que le ha perdonado sus pecados, y lo ha llevado a encontrar descanso en su corazón (Agustín, 2012, I 1,1). En esta línea el presente texto busca ofrecer algunos aspectos educativos que configuraron la personalidad del autor, como fueron los primeros años de aprendizaje en la escuela, la lectura y la escritura de textos, la compañía asidua de los amigos, la fuerza educativa del testimonio y la memoria que conserva lo aprendido. Estos, entre otros elementos, nos sirven como pretexto válido para reflexionar sobre nuestros procesos educativos, aplicables a estudiantes, educadores, padres de familia y sociedad en general, ya que podemos sacar cosas siempre nuevas del antiguo tesoro agustiniano.

1. Una aproximación a la educación primaria de Agustín

El modelo de aprendizaje vigente en una sociedad tiende a moldear la vida humana de una cierta manera, pues gran parte de lo que somos como personas o sociedad se ha logrado gracias a los aprendizajes realizados a lo largo del tiempo. La experiencia personal de Agustín es un vivo testimonio, tanto de los alcances como de los límites que tuvo el modelo vigente en su época, en especial durante su infancia. En sus propias palabras, afirma: “me pusieron a la escuela para que aprendiera las letras, en las cuales ignoraba yo, miserable, lo que había de utilidad. Con todo, si era perezoso en aprenderlas, era azotado, sistema alabado por los mayores, muchos de los cuales, que llevaron este género de vida antes que nosotros, nos trazaron caminos tan trabajosos” (Agustín, 2012, I 9,14).

La conciencia del Obispo de Hipona acerca de su época de infancia nos ayuda a tener una idea de los elementos que intervienen en cualquier proceso educativo como son los estudiantes, los padres de familia, los docentes, las asignaturas, la pedagogía, pues gran parte del primer libro de *Confesiones* pone de relieve toda la experiencia vivida por el Agustín niño de lo que hoy llamamos “escuela primaria”. Es algo bastante dicente para nuestra reflexión, ya que por un lado pone en primer plano, tanto el rol de los padres de familia en el proceso educativo de sus hijos como la dificultad de los estudiantes a la hora de enfrentarse a ciertos aprendizajes; y, por otra parte, las motivaciones que mueven a docentes, estudiantes y padres de familia a entrar en el modelo educativo vigente, en el cual están tanto los premios que se anhelan como las sanciones que se temen.

Los esfuerzos económicos que hacían Patricio y Mónica eran grandes para financiar los estudios de su hijo, pero eran proporcionales a los resultados que se esperaban a futuro; son los planes de cualquier familia como las de nuestros estudiantes, pues se espera que las notas, las menciones honoríficas, el futuro salario o el renombre profesional justifiquen la inversión hecha. Pero Agustín arremete contra esas ambiciones mezquinas, pues ve que finalmente terminan sacrificando a las personas a los intereses económicos, a los deseos de gloria de sus padres o al éxito profesional; es decir, está en contra de la educación que se convierte solo en lucro, donde se premia a los exitosos y se condena a los demás a la frustración. “¡Oh, Dios mío, ¡Dios mío! Y ¡qué de miserias y engaños no experimenté aquí cuando se me proponía a mí, niño, como norma de bien vivir obedecer a los que me amonestaban a brillar en este mundo y sobresalir en las artes de la lengua, con las cuales después pudiese lograr honras humanas y falsas riquezas” (Agustín, 2012, I 9,14).

“¿Quién había entonces que no colmase de alabanza a mi padre, quien, yendo más allá de sus haberes familiares, gastaba con el hijo cuanto era necesario para un tan largo viaje por razón de sus estudios? Porque muchos ciudadanos, y mucho más ricos que él, no se tomaban por sus hijos semejante empeño” (Agustín, 2012, II 3,5).

Estas palabras manifiestan que desde sus primeros aprendizajes Agustín, estuvo lograr interesado por lograr sobresalir socialmente más que por desarrollar sus capacidades, una educación más de imposición que de convicción, porque no estudiaba sino era obligado, pues “no veían otro fin a que yo pudiera encaminar aquellos

conocimientos que me obligaban a aprender si no a saciar el insaciable apetito de una abundante escasez y de una gloria ignominiosa” (Agustín, 2012, I 12,19). Es el testimonio de un modelo educativo que termina haciendo prevalecer el dinero sobre el aprendizaje, los contenidos sobre los estudiantes, las aspiraciones de grandeza sobre las habilidades humanas y las estructuras sobre las personas.

2. Agustín estudiante y profesor de retórica

Según Nello Cipriani, la retórica tiene la tarea, “perennemente importante, de inculcar convicciones acerca de lo que es útil, justo y decoroso en las personas que lo ignoran o que son incapaces de ver la verdad en su pureza y sencillez. La retórica desempeña esta tarea no solo por medio de la instrucción sino también, y principalmente, elevando los afectos del corazón por medio de recursos estilísticos apropiados” (Cipriani, 2001, p. 1140). Entonces, para alcanzar a tener influencia social como rétor, Agustín tuvo que adquirir los instrumentos necesarios primero como estudiante y luego ejercitarlos como profesor.

Su camino como rétor comienza con el aprendizaje de la primeras letras, pues fue realizado bajo una disciplina muy estricta, de manera particular hubo mucho cuidado en el aprendizaje de pronunciar bien las palabras, fue tan contundente que llegó a hacer “tan interior la ciencia de las letras como la conciencia” (Agustín, 2012, I 18,29), “de tal modo que si alguno de los que saben o enseñan las reglas antiguas sobre los sonidos pronunciase, contra las leyes gramaticales, la palabra *homo* sin aspirar la primera letra, desagradaría más a los hombres que, si, contra tus preceptos, odiase a otro hombre

siendo hombre” (Agustín, 2012, I 18,29). En medio de los límites, ese rigor de sus maestros hizo que el niño adquiriera una buena dicción, llegando a ser “llamado «niño de grandes esperanzas»” (Agustín, 2012, I. 16,26).

Además, muchos de estos maestros se servían de los poemas de Homero, Virgilio y de otros clásicos, para que los pequeños comenzaran a ejercitarse en el arte de la recitación, pues la admiración que se tenía por la retórica clásica era sumamente alta, y socialmente a través de ella se ejercía un poder sobre los demás, como lo atestigua sus mismas palabras, “se tiene por cosa grande poder hacer esto públicamente en el foro al amparo de las leyes, que determinan, a más de los honorarios, los salarios que se les han de dar. Y golpeas tus cantos y gritas diciendo: «Aquí se aprenden las palabras; aquí se adquiere la elocuencia, sumamente necesaria para explicar las sentencias y persuadir las cosas»” (Agustín, 2012, I 16,26).

El primer ideal del estudiante Agustín fue aprender a hablar elocuentemente, esto se debe en parte a una preocupación familiar, que se enfocaba en que “aprendiera a componer discursos magníficos y a persuadir con la palabra” (Agustín, 2012, II 2,4), no que formará una familia debido a que como se lo había confesado su madre, “tenía miedo de que con el vínculo matrimonial se frustrase la esperanza que sobre mí tenía; no la esperanza de la vida futura... sino la esperanza de las letras, que ambos a dos, padre y madre, deseaban ardientemente” (Agustín, 2012, II 3,8). Es decir, que la grande ilusión para sus padres era hacer todo lo posible, para que el muchacho pudiera alcanzar un buen desempeño a nivel de la retórica.

Por tanto, apoyado por su familia, inicialmente fue a Madaura, “ciudad vecina, a la que había ido estudiar literatura y oratoria, en tanto que se hacían los preparativos necesarios para el viaje más largo a Cartago” (Agustín, 2012, II 3,5), y efectivamente así fue, después estuvo en Cartago como estudiante. Allí estudió con el afán, rebosante de vanidad, de “pasar por elegante y cortés” (Agustín, 2012, III 1,1) sobresaliendo por sus destrezas, pues “tenían aquellos estudios que se llaman honestos o nobles por blanco y objetivo las contiendas del foro y hacer sobresalir en ellas tanto más laudablemente cuanto más engañosamente. ...Y ya había llegado a ser «el mayor» de la escuela de retórica y gozábame de ello soberbiamente y me hinchaba de orgullo” (Agustín, 2012, III 3,6). Se supo destacar por sus notables cualidades, pero luego de haber culminado sus estudios en Cartago, pasará a ser un profesor del “arte de la retórica y, vencido de la codicia, vendía una victoriosa locuacidad” (Agustín, 2012, IV 2,2), enseñando primero en su ciudad natal, donde abrió una cátedra (Agustín, 2012, IV 4,7), para pasar luego a Cartago, después a Roma y finalmente a Milán.

Su actividad como profesor no estuvo exenta de dificultades, primero le fue incómodo en Cartago enseñar por la falta de disciplina de los estudiantes, que tenían la costumbre de interrumpir las clases; luego en Roma porque algunos estudiantes se ponían de acuerdo en cambiar de maestro para no pagar el salario, por tanto, se quejaba de sufrir como maestro en los demás aquellas costumbres que siendo estudiante no quiso adoptar como suyas (Agustín, 2012, V 8,14). No obstante, se trata de un sorprendente recorrido profesional que lo llevó al éxito humano, pues llegó a la cúspide de su ac-

tividad siendo rétor de la corte imperial, “con facultad de usar la posta pública” (Agustín, 2012, V 13,23), pero en medio de su gloria humana y el desempeño de sus actividades al tener que preparar “las alabanzas del emperador... había de mentir mucho” (Agustín, 2012,. VI 6,9), y la decepción no se hizo esperar. Encontró que su vida profesional lo había llevado a la frustración, hasta que busco sustraerse “del mercado de la charlatanería” (Agustín, 2012,. IX 2,2).

Agustín descubre que el gran peligro de la actividad retórica está en que por deseo de la aceptación del público y de sobresalir como orador se sacrifica el amor a la verdad, pues “la palabra que sale de la boca y las obras conocidas de los hombres están expuestas a una tentación peligrosísima por causa del amor a la alabanza, que encamina los mendigados votos a una cierta excelencia personal” (Agustín, 2012, X 38,63). De manera que la pasión por la oratoria estuvo por mucho tiempo motivada por el deseo de alcanzar la gloria popular, los aplausos del teatro, ganar los certámenes de poesía, vencer en las contiendas de coronas, destacarse en los juegos de espectáculos y darle rienda suelta a la concupiscencia (Agustín, 2012, IV 1,1). Luego de su conversión la novedad que dejó a la posteridad “y la que más influyó en la posterior práctica educativa, es la sustitución de los modelos de la oratoria clásica por autores cristianos en incluso bíblicos” (Cipriani, 2001, p. 1141). No se trataba de acabar con la oratoria sino de ponerla al servicio de la difusión del mensaje de la salvación, que, sin duda alguna fue en adelante su gran pasión, no con la soberbia elocuencia engañosa sino mediante un humilde anuncio de la verdad.

3. La lectura y la escritura al servicio de Dios

Agustín fue un apasionado de los libros, la lectura y la escritura. En *Confesiones* aparece como un hombre, cuya vida se desenvuelve en medio de los libros, pues en su camino como lector desfilan diferentes libros como el *Hortensio* de Marco Tulio Cicerón (Agustín, 2012, III 4,7), “los libros a Hierio, retórico de la ciudad de Roma” (Agustín, 2012, IV 14,21), los “escritos aristotélicos intitulados *Las diez categorías*” (Agustín, 2012, IV 16,28), “las Santas Escrituras” (Agustín, 2012, III 5,9), “los escritos de Manes” (Agustín, 2012, V 3,6), “los libros de los platónicos” (Agustín, 2012, VII 20,26) traducidos del griego al latín (Agustín, 2012, VII 9,13). En fin, era una persona consciente de que “había leído muchas cosas de los filósofos y las conservaba en la memoria” (Agustín, 2012, V 3,3).

Pero no solo fue lector sino también escritor, pues menciona haber escrito antes de su conversión “unos libros sobre *Lo hermoso y apto*, creo que dos o tres” (Agustín, 2012, IV 13,20) de lo que no se conserva ningún ejemplar; y, luego de su conversión, en su retiro en la finca de Verecundo, declara haber tenido notables progresos en “el terreno de las letras”, que “lo testifican los libros que discutí con los presentes y conmigo mismo a solas en tu presencia; de lo que traté con Nebridio, ausente, claramente lo indican las cartas habidas con él” (Agustín, 2012, IX 4,7), pero también haber escrito un libro fruto de los diálogos con su hijo Adeodato: “hay un libro nuestro que se intitula *Del Maestro*: él es quien habla allí conmigo” (Agustín, 2012, IX 6,14).

Vemos así, en Agustín un intelectual ávido de apropiarse de los conocimientos, tanto de las generaciones prece-

dentos como de los eruditos de su época; se trata de un espíritu crítico que hace de la lectura y la escritura herramientas poderosas en orden a llegar a la ciencia verdadera, de alcanzar la verdad, por eso, considero acertado mencionar el consejo que recibió su madre desesperada de un obispo, “a quien como ella rogase que se dignara hablar conmigo, refutar mis errores, desengañarme de mis malas doctrinas y enseñarme las buenas—hacía esto con cuantos hallaba idóneos—, negose él con mucha prudencia, a lo que he podido ver después, contestándole que estaba incapacitado para recibir ninguna enseñanza por estar muy fiero con la novedad de la herejía maniquea y por haber puesto en apuros a muchos ignorantes con algunas cuestioncillas, como ella misma le había indicado: «Dejadle estar—dijo—y rogad únicamente por él al Señor; él mismo leyendo los libros de ellos descubrirá el error y conocerá su gran impiedad.» (Agustín, 2012, III 12,21).

Efectivamente, la lectura hecha con fundamento siempre ofrece buenos resultados, porque una persona que persevera como lector juicioso logra salir de sus excesos o superar sus miopías intelectuales, pues, aunque sean lecturas que en muchos momentos entusiasman de manera apasionada en medio de fantasías, o engaños, no hay que perder la esperanza de que tarde o temprano la misma lectura ayudará a corregir dicho engaño. De esto da testimonio en sus propias palabras, “porque muchos años míos habían pasado sobre mí—unos doce aproximadamente—desde que en el año diecinueve de mi edad, leído el Hortensio, me había sentido excitado al estudio de la sabiduría, pero difería yo entregarme a su investigación, despreciada la felicidad terrena, cuando no ya su invención, pero aun sola su investigación debería ser antepuesta a los mayores tesoros y reinos del

mundo y a la mayor abundancia de placeres” (Agustín, 2012, VIII 7,17).

Su inquietud intelectual fue tal, que lo llevó a frecuentar algunos movimientos y grupos de la época en los cuales buscaba satisfacer su deseo de sabiduría, de verdad y conocimiento, ya que no sólo se deleitaba en “amar, buscar, lograr, retener y abrazar fuertemente no esta o aquella secta, sino la Sabiduría misma, estuviese dondequiera” (Agustín, 2012, III 4,8). No le importaba en dónde, sino encontrar la sabiduría, pues fue ese el mayor legado que le había dejado la lectura del Hortensio, ya que desde ese momento sus afectos intelectuales cambiaron significativamente.

“Apareció a mis ojos vil toda esperanza vana, y con increíble ardor de mi corazón suspiraba por la inmortalidad de la sabiduría, y comencé a levantarme para volver a ti. Porque no era para suplir el estilo—que es lo que parecía debía comprar yo con los dineros maternos en aquella edad de mis diecinueve años, haciendo dos que había muerto mi padre—; no era, repito, para pulir el estilo para lo que yo empleaba la lectura de aquel libro, ni era la elocución lo que a ella me incitaba, sino lo que decía” (Agustín, 2012, III 4,7).

Otra de las lecturas que hizo emerger su genialidad lectora fue *Las diez categorías* de los aristotélicos al leerlas por primera vez en la ciudad Cartago, porque “sin ayuda de maestro entendí cuanto leí de retórica, y dialéctica, y geometría, y música, y aritmética” (Agustín, 2012, IV 16,30). Realmente, Agustín se muestra bastante capaz de enfrentarse al mundo intelectual desde una edad bastante temprana, pues habiendo consultado a otros que tuvieron la fortuna de tener maestros eruditísimos nada

le supieron decir que él no hubiera entendido solo, de aquella lectura (Agustín, 2012, IV 16,28). Se trata de un ejemplo de una persona que hoy llamamos “autodidacta”, porque a la hora de hacer una lectura comprensiva gozaba de la competencia de los scholars de su tiempo.

El recorrido intelectual debió sufrir un proceso de purificación, pues la soberbia lo llevó a despreciar en un primer momento la Biblia; la decepción fue tremenda después de su lectura, porque “simplemente me parecieron indignas de parangonarse con la majestad de los escritos de Tulio. Mi hinchazón recusaba su estilo y mi mente no penetraba su interior” (Agustín, 2012, III 5,9). Este hecho es considerado por algunos como el resultado de la deficiente traducción de la Biblia que tuvo en sus manos, y de la inmadurez espiritual del lector. Es decir, la soberbia que anidaba en su alma no le permitió acceder a esa sorprendente revelación. En *Confesiones* no deja pasar la ocasión de lamentarse por tal impase, “porque si yo hubiera sido instruido en tus sagradas letras y en su trato familiar te hubiera hallado dulce para conmigo y después hubiera tropezado con aquellos libros, tal vez me apartaran del fundamento de la piedad; o si persistiera en aquel afecto saludable que había bebido en ellas, juzgase que también en aquellos libros podía adquirirlo quienquiera que no hubiese leído más que éstos” (Agustín, 2012, VII 20,26).

There are two reasons why Augustine cannot understand the Bible when he is a young man. First, the version of the Scriptures that is available to him is a crude translation of the Greek text into the Latin vernacular. Later, Augustine refuses to abandon this translation for Jerome’s more nearly adequate version of the text in order not to upset his congre-

gation. However, at this stage of his life, the surface of the text is so repulsive to his sophisticated rhetorical consciousness that he is unable to read it. Second, the young rhetorician cannot distinguish between the surface and the center of the Bible; and therefore, he is unable to penetrate the spiritual meaning the letter of the text conceals. Simplicity and hidden depths permit the Bible to appeal to immature readers, on the one hand, and make it possible for more advanced readers to plunge beneath the literal meaning of the text on the other (3.5.9) (Vaught. 2003 p. 77).

Su incomprensión de las Sagradas Escrituras corresponde a su etapa inicial de formación como estudiante en Cartago, pero este sinsabor lo va a continuar acompañando a lo largo de su progreso intelectual, hasta llegar a Milán, cuando ya siendo rétor del imperio y en pleno uso de sus facultades no logre avanzar más en su camino, pues parecía que sus estudios lo incapacitaban para abrazar la fe. Lo declara con cierta impotencia: “«¿Qué es lo que nos pasa? ¿Qué es esto que has oído? Levántense los indoctos y arrebatan el cielo, y nosotros, con todo nuestro saber, faltos de corazón, ved que nos revolcamos en la carne y en la sangre. ¿Acaso nos da vergüenza seguirte por habernos precedido y no nos la da siquiera el no seguirles?»” (Agustín, 2012, VIII 8,19).

Agustín tuvo, al igual que Saulo de Tarso, que vivir una crisis en su camino intelectual, que lo llevó a rendirse a los pies de Cristo, y así poderse levantarse de nuevo como siervo de la Palabra de Dios, pues ese “«Toma y lee, toma y lee»” (Agustín, 2012, VIII 12,29) que resonaba en su conciencia será como una letanía que lo conduce a la humildad intelectual, pues Dios quiso mostrarle que

resiste a los soberbios, pero da su gracia a los humildes, pues “ha sido mostrada a los hombres la senda de la humildad, por *haberse hecho carne tu Verbo y haber habitado entre los hombres*” (Agustín, 2012, VII 9,13). Solamente Cristo con su humildad logró conquistar su corazón, y le otorgó como premio obtener resultados más sorprendentes en su cultivo de las letras, pues *Confesiones* es uno de los mejores productos de su mente purificada por la gracia de Dios.

En el libro XII da prueba de todo cuanto su espíritu renovado había sido capaz de investigar sobre el libro del *Génesis*: “¡He aquí, Señor, Dios mío, ¡cuántas cosas, sí, ¡cuántas cosas hemos escrito sobre tan pocas palabras! Con este procedimiento, ¿qué fuerzas, qué tiempo no nos serían necesarios para exponer todos tus libros?” (Agustín, 2012, XII 32,43). Su deseo de conocer no se clausuró con su conversión, sino que se potencializó de manera que sus nuevas aspiraciones eran escribir de modo que “las palabras sonaran lo que cada cual pudiese alcanzar de verdadero en estas cosas que no poner una sentencia sola verdadera muy claramente, a fin de excluir las demás cuya falsedad no pudiese ofenderme” (Agustín, 2012, XII 21,42). El nuevo horizonte intelectual del Hiponense, ahora se proyecta sobre un plano donde las palabras buscan tener un alcance que supere su misma naturaleza.

Para Agustín los libros fueron tan significativos que al hablar de su conversión a la fe católica o de la vida eterna más allá de este mundo, las representa como la lectura de un texto que es capaz de impregnar el interior de su alma. “No quise leer más, ni era necesario tampoco, pues al punto que di fin a la sentencia, como si se hubiera infiltrado en mi corazón una luz de seguridad,

se dispararon todas las tinieblas de mis dudas” (Agustín, 2012, VIII 12,29), o en el caso de los ángeles en la eternidad cuya lectura no pasa, sino que permanece, “allí leen sin las sílabas de los tiempos lo que quiere tu voluntad eterna. Leen, eligen y aman; leen, siempre y nunca pasa lo que leen; porque eligiendo y amando leen la misma incommutabilidad de tu consejo. No se cierra su códice ni se pliega su libro; porque tú mismo eres para ellos esto” (Agustín, 2012, XIII 15,18).

Su íntima relación con los textos lo llevó a comparar el deleite de la lectura de un buen libro con la dicha que se tiene cuando se goza de Dios. Una manera muy legítima y válida para representar la vida eterna a los cultores de las letras, pero que no agota toda la riqueza de la comunión con Dios que trasciende nuestros discursos, dado que se trata de “arcanos profundos” (Agustín, 2012, XII 10,10).

4. La amistad que acompaña el camino del aprendizaje

En *Confesiones* Agustín cuenta con un sinnúmero de amigos, casi nunca está solo porque siempre está en compañía de alguien, desde las tempranas experiencias en la escuela, los juegos de la infancia, las travesuras de la juventud, el aprendizaje de la retórica, el ejercicio de su enseñanza, los años de oyente maniqueo, la experiencia de conversión, en fin, tuvo siempre cerca amigos, pues desde pequeño se deleitaba en la amistad (Agustín, 2012, I 20,31), al punto de llegar a decir que un buen amigo era la mitad del alma (Agustín, 2012, IV 6,11).

La experiencia de tener amigos para Agustín fue de gran ayuda en orden a conseguir el éxito profesional, pues

gozar de amigos poderosos le garantizó seguridad en la vida, según cuenta que estando en Milán empleaba las horas de la mañana con los discípulos, y en las demás horas del día se dedicaba a preparar las lecciones y a “saludar a los amigos poderosos, de cuyo favor tienes necesidad” (Agustín, 2012, VI 11,18). Cultivaba la vida social, le dedicaba tiempo a visitar a los amigos para mantener su status social, y en gran parte está era su fuente de estabilidad. De modo que su indecisión de abrazar la fe católica en parte obedece a sus amistades, pues temía dejar de lado los beneficios que le otorgaba su profesión, por eso procrastinaba su respuesta, diciéndose: “He aquí que falta poco para que puedas obtener algún honorcillo; y ¿qué más se puede desear? Tengo abundancia de amigos poderosos, por medio de los cuales, en caso de apuro, puedo conseguir, al menos, una presidencia” (Agustín, 2012, VI 11,19).

El Hiponense sabe por experiencia propia que una de las relaciones más gratas de este mundo es tener amigos, “cara es, finalmente, la amistad de los hombres por la unión que hace de muchas almas con el dulce nudo del amor” (Agustín, 2012, II 5,10), y gracias a la amistad la vida logra tener un encanto particular, y mayor aún en el caso de cualquier aprendizaje, ya que es valioso entrelazar vínculos de simpatía que brotan del alma con aquellos que comparten los mismos intereses académicos. La amistad es una expresión del amor capaz de establecer relaciones desinteresadas y recíprocas, por eso amaba a sus amigos desinteresadamente y se “sentía a la vez amado desinteresadamente de ellos” (Agustín, 2012, VI 16,26). En efecto, en el grupo de amigos encontraba un estímulo para compartir muchas vivencias. “Otras cosas había que cautivaban más fuertemente mi alma con ellos, como era el conversar, reír, servirnos

mutuamente con agrado, leer juntos libros bien escritos, chancearnos unos con otros y divertirnos en compañía; discutir a veces, pero sin animadversión, como cuando uno disiente de sí mismo, y con tales disensiones, muy raras, condimentar las muchas conformidades; enseñarnos mutuamente alguna cosa, suspirar por los ausentes con pena y recibir a los que llegaban con alegría” (Agustín, 2012, IV 8,13).

La gratuidad expresada en la conversación amena, pasar un momento riéndose, recomendarse la lectura de un buen libro, estudiar juntos para un examen difícil, entre otras experiencias más hacen parte de la vida de los estudiantes de todos los tiempos, de las cuales también Agustín hizo parte; pero hubo una muy dolorosa que lo golpeo muy fuerte, la muerte a temprana edad de un querido amigo, que lo llevó al punto que sentir “que «mi alma y la suya no eran más que una en dos cuerpos», y por eso me causaba horror la vida, porque no quería vivir a medias” (Agustín, 2012, IV 6,11).

“En aquellos años, en el tiempo en que por vez primera abrí cátedra en mi ciudad natal, adquirí un amigo, a quien amé con exceso por ser discípulo mío, de mí misma edad y hallarnos ambos en la flor de la juventud. Juntos nos habíamos criado de niños, juntos habíamos ido a la escuela y juntos habíamos jugado” (Agustín, 2012, IV 4,7).

Es intensa la fuerza que posee la amistad en el aprendizaje de cualquier persona, ya que gran parte de los hábitos personales se van construyendo en las relaciones con los demás, donde los amigos gozan de un lugar preponderante, pues Agustín, junto con otros amigos cansados de las turbulentas molestias de la vida humana,

pensó en un momento apartarse a vivir en el ocio, para crear una especie de comunidad familiar, “de tal suerte que todo lo que tuviésemos o pudiésemos tener lo pondríamos en común y formaríamos con ello una hacienda familiar, de tal modo que en virtud de la amistad no hubiera cosa de éste ni de aquél, sino que de lo de todos se haría una cosa, y el conjunto sería de cada uno y todas las cosas de todos” (Agustín, 2012, VI 14,24). Un sueño que finalmente quedó en el olvido, pero que manifiesta hasta donde es capaz de llegar la amistad.

En medio de tantas bondades, para Agustín la valoración de la amistad posee una ambigüedad, porque a lo largo de los libros de *Confesiones* aparecen, tanto amigos que lo alejan de Dios como otros que lo acompañan en su camino de conversión. La amistad es capaz tanto de favorecer como de entorpecer el camino de la vida, pues la verdad es que “muchas veces los amigos nos pervierten adulando, así como los enemigos nos corrigen insultando” (Agustín, 2012, IX 8,18). De manera, que a veces resultan más provechosos los enemigos, porque desenmascaran aquello que los amigos han encubierto; y dado, que la amistad se puede convertir en perdición para una persona, es de temer las malas compañías, por eso la exclamación “¡Oh amistad enemiga en demasía, seducción inescrutable del alma, ganas de hacer mal por pasatiempo y juego, apetito del daño ajeno sin provecho alguno propio y sin pasión de vengarse!” (Agustín, 2012,II 9,17), según parece que la maldad en algunos casos se viste con el ropaje de la amistad para llevar a la perdición.

Siendo estudiante en Cartago, Agustín tuvo sus amistades, pero debió mantenerse lejos de los amigos perversos, pues, aunque compartía con ellos, era “totalmente

ajeno a las calaveradas de los *eversores*—nombre siniestro y diabólico que ha logrado convertirse en distintivo de urbanidad—, y entre los cuales vivía con impudente pudor por no ser uno de tantos. Es verdad que andaba con ellos y me gozaba a veces con sus amistades, pero siempre aborrecí sus hechos” (Agustín, 2012, III 3,6). Es decir, intentó mantener desde estudiante un ambiente de amigos favorable para su estudio. Buscó una distancia prudente que le permitió interactuar con todos, pero sin aprobar las maldades ajenas. Por eso, su testimonio es que la verdadera amistad es un don de Dios, pues solo hay autentica amistad “entre aquellos a quienes tú aglutinas entre sí por medio de la caridad, derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado” (Agustín, 2012, IV 4,7). Es decir, que la amistad debe estar fundada en Dios para que sea duradera y pueda dar buenos frutos.

5. La fuerza configuradora del aprendizaje: el testimonio

Siguiendo a Jacques Fontaine, *Confesiones* pueden ser entendidas como “Los Testimonios”, porque “para decir todo lo que tenía que expresar como testimonio de esos años tumultuosos (pues *Confesiones* puede traducirse también como *Los Testimonios*), Agustín inventó medios de expresión tan refinados y novedosos, que dieron propiamente nacimiento a un nuevo género literario, sin especial relación con el de *Memorias* que la antigüedad clásica había conocido” (Fontaine, 1998, p. 77). Es decir, que en nuestro caso podemos leer las *Confesiones* como testimonios del largo aprendizaje hecho por Agustín ante Dios, “el testimonio de su pecado y el testimonio de que *resistes a los soberbios*” (Agustín, 2012, I 1,1). Entonces, el interés de este apartado es poner de relieve

la fuerza que posee la influencia de las personas en la configuración de la personalidad en cualquier vida humana, como lo fue el caso particular de su madre Mónica, que le dio con su vida un testimonio excepcional, al punto de no haber duda nunca de su vida virtuosa, “por el testimonio de sus costumbres, *por su fe no fingida* y otros argumentos ciertos” (Agustín, 2012, X12,31), pues su testimonio fue determinante en su vida.

Además del testimonio de su madre, Agustín recibió el testimonio de Ambrosio, entre otros más pero el de Ambrosio es significativo en *Confesiones* porque al haberlo encontrado en Milán en su actividad de rétor, influyó decisivamente en su conversión, pues lo considera un “docto defensor” del catolicismo (Agustín, 2012, V 14,24). Gracias a la predicación de Ambrosio “aquellos pasajes, que, tomados a la letra, parecían enseñar la perversidad, [al ser] interpretados en un sentido espiritual... no decían nada que pudiera ofenderme” (Agustín, 2012, VI 4,6). El aprendizaje que recibió mediante su ejemplo fue enorme, pues su disciplina, predicación y estilo de vida, impactaron tanto su alma que solo su celibato le parecía trabajoso (Agustín, 2012, VI 3,3), por lo demás parece que lo quería imitar.

A nivel general, los libros de *Confesiones* están cargados de muchas menciones de personas virtuosas y viciosas, pero entre todos quiero detener la atención en un caso emblemático que aparece en el libro primero. Se trata del evergetismo cívico, pues entre los romanos ofrecer o financiar los juegos era una cuestión de honor propia de la clase poderosa, pues solo ellos tenían la riqueza suficiente para subvenir los gastos, y para muchos era un modo de rendirle homenaje a sus hijos por algún mérito obtenido en su vida profesional. Agustín habla de que

tales espectáculos vienen promovidos por los adultos, pero sus mismos organizadores aceptan de buen grado que maltraten a sus hijos, “si con tales espectáculos se retraen del estudio” (Agustín, 2012, I 10,16). Entonces, caemos de nuevo en una manía que llega hasta nuestros días, donde los responsables de la vida pública censuran a los jóvenes por ciertos comportamientos, pero no están dispuestos a cambiar los propios.

“Durante siglos se sostuvo que la forma de donación más clara y apreciada tenía lugar cuando una persona rica donaba a mano abierta (y en medio de un gran despliegue de aclamación pública) a su ciudad, proporcionándole nuevos edificios, reparando los antiguos y ofreciendo esplendidos juegos. Lo que ahora denominaremos «evergetismo cívico» era la tradición de realizar *euergesiai* (‘buenas acciones’) en beneficio de la ciudad” (Brown, 2016 p. 158).

Los casos del pasado siguen siendo testigos del poder del ejemplo, pues buena parte de los aciertos en la vida social son el resultado de un buen testimonio, debido a que tales procesos no se improvisan, pues son el resultado de largos años de cuidado, que por lo general se han comenzado en la infancia, pero que nunca se terminan, porque mientras se viva en esta tierra habrá tentaciones “¿acaso no es *tentación* sin interrupción *la vida del hombre sobre la tierra?*” (Agustín, 2012, X 38,39), por eso, el dar testimonio no da tregua, pues “hoy” requiere una respuesta generosa, para que la salvación de Dios se perpetúe entre los hombres. El dar testimonio es algo aprendido, donde por su parte Dios comunica su amor fiel, y el hombre ofrece su aceptación o rechazo.

Entonces, si se quiere favorecer un buen aprendizaje en las nuevas generaciones, la contribución de la educación es necesaria, pero no suficiente para acabar con los males sociales, porque desde niños cuando se nos corrige estamos más dados a enfurecernos que a modificar las costumbres, pues lo que se hace de niño se tiende a repetir una vez se llega a ser adulto, “estas mismas cosas que se hacen con los ayos y maestros por causa de las nueces, pelotas y pajarillos, se hacen cuando se llega a la mayor edad con los prefectos y reyes por causa del dinero, de las fincas y siervos” (Agustín, 2012, I 19,30). Ciertamente, el aprendizaje a temprana edad ayuda en buena parte a resolver el problema, pero no es la garantía de la total solución.

Para Agustín la actividad educativa debe estar sujeta a una conversión continua, porque al ser una práctica humana debe buscar superar las deficiencias del pasado y colmar las expectativas del futuro en el presente, siendo consciente de las muchas cosas útiles que se han aprendido, pero también de las muchas que quedan aún por aprender “y éste es el camino seguro por el que debían caminar los niños” (Agustín, 2012, I 15,24). Entonces, un buen aprendizaje parte siempre del testimonio que respalda la propuesta del docente a los estudiantes en orden a incentivar el buen uso de la curiosidad, pues “mayor fuerza tiene para aprender estas cosas una libre curiosidad que no una medrosa necesidad” (Agustín, 2012, I 14,23). Se trata de despertar el interés por el saber en los estudiantes, a partir del propio testimonio que sirve como estímulo.

Una vez más, el ejemplo es decisivo para el aprendizaje, pues es la mejor manera de tener trascendencia en la vida de los demás, porque la mejor manera de enseñar

es con buen ejemplo; por eso, el testimonio tiene una fuerza tan contundente para garantizar la calidad de cualquier aprendizaje, por eso *Confesiones* pueden ser entendidas como un testimonio de la lección que Agustín aprendió de la mano del Señor.

6. La memoria que da testimonio de lo aprendido

La apuesta educativa agustiniana requiere una buena dosis de memoria, pues gran parte de la educación que recibió Agustín estaba basada en las capacidades memorísticas, y el proceso para la aprehensión de su mensaje pide una buena dosis de reminiscencia, lo saben mejor los profesores que han dedicado largos años de su vida a la enseñanza y estudios de Agustín. *Confesiones* es el ejercicio de una memoria que se va constituyendo progresivamente a lo largo los libros, pues la génesis de la memoria coincide consigo misma, en ellas el autor se muestra como una persona que da razón de lo aprendido y que aprendió de lo vivido, pero también de lo incomprensible de la memoria pues “con todo, he aquí que no siendo este «mí» cosa distinta de mi memoria, no comprendo la fuerza de ésta” (Agustín, 2012, X 16, 25).

La vida humana en general está ligada a la memoria, pues en la medida en que se vive se extiende; por eso hay un cierto paralelismo entre la duración de una persona en esta tierra con la memoria, quizás por esta razón los primeros años de la existencia, así como los últimos de la vejez, al no gozar en muchos casos de una buena memoria se hacen tan difíciles para la vida misma. En *Confesiones* Agustín alaba a Dios por su infancia, de la que no tiene memoria (Agustín, 2012, I. 6.10), pero a la vez concluye deseando descansar en Dios “en el sábado de la vida eterna” (Agustín, 2012, XIII. 36,51), porque

en medio de la brevedad de la vida se busca ir más allá del tiempo, y aunque gran parte de lo que somos como personas es memoria, ella no lo resuelve todo. Es a Dios quien se debe acudir para subsanar las deficiencias de la memoria, pues recordar es vivir o volver a vivir. “¡Gracias te sean dadas, Dios mío! Pero ¿de dónde y por dónde has traído a mi memoria para que también te confiese estas cosas que, aunque grandes, las había olvidado, pasándolas de largo?” (Agustín, 2012, IX 7,15).

Agustín Obispo asegura tener desde niño una “buena memoria” (Agustín, 2012, I. 20.31), de haber sido un buen estudiante, y de poseer una buena capacidad memorística, pues conservaba todos sus conocimientos en la memoria más que en los libros, de hecho, da razón de lo aprendido después de muchos años con mucha claridad. “Aquí están como en un lugar interior remoto, que no es lugar, todas aquellas nociones aprendidas de las artes liberales, que todavía no se han olvidado. Mas aquí no son ya las imágenes de ellas las que llevo, sino las cosas mismas. Porque yo sé qué es la gramática, la pericia dialéctica, y cuántos los géneros de cuestiones; y lo que de estas cosas sé, está de tal modo en mi memoria que no está allí como la imagen suelta de una cosa, cuya realidad se ha dejado fuera” (Agustín, 2012, X 9,16). Pero lo aprendido a lo largo de los años adquirió un nuevo significado, pues la experiencia de la conversión lo llevó a entregar todo cuanto útil había aprendido para ponerlo al “servicio” de Dios (Agustín, 2012, I 15,24).

Agustín exclamaba con profunda admiración: “¡Tanta es la virtud de la memoria, tanta es la virtud de la vida en un hombre que vive mortalmente!” (Agustín, 2012, X 18,26), pues en ella encontramos una de las realidades más asombrosas de la vida humana, porque no

parece tener límites, es tan compleja como la misma mente, nadie parece restringirla ni mucho menos determinar sus alcances, al igual que el aprendizaje parece no tener confines, es una “multiplicidad infinita y profunda” (Agustín, 2012, X 17,26). Pero, en medio de su sorprendente inmensidad, la memoria se deja configurar por cada uno; por tanto, adquiere las características propias que cada persona, es decir, que le imprime al aprendizaje un tinte muy personal. Quizás por eso es tan frecuente que a la hora de evaluar solo se le admita al estudiante, la hoja de examen y los lapiceros, ya que se espera que la memoria haga lo demás.

La memoria posee la virtud de dar unidad y prolongación a lo percibido por los sentidos, pues el oído, el olor, el sabor, la visión, y el aprendizaje en general no podrían tener una consistencia ni “podríamos nombrar estas cosas si no la hallásemos en nuestra memoria” (Agustín, 2012, XII 14,22). Sin la memoria el aprendizaje es experiencia falaz, sin la memoria de las cosas vividas sería irrelevante nuestra misma existencia; por eso, tanto la vida animal como humana está vinculada con la memoria, ya que “también las bestias y las aves tienen memoria, puesto que de otro modo no volverían a sus madrigueras y nidos, ni harían otras muchas cosas a las que se acostumbran, pues ni aun acostumbrarse pudieran a ninguna si no fuera por la memoria” (Agustín, 2012, X 17,26).

Pero, a diferencia de los animales, el alma humana es capaz de ascender hacia Dios, y para ello debe traspasar la memoria, y así llegar a Aquel que nos separó de los cuadrúpedos y nos hizo más sabios que las aves del cielo (Agustín, 2012, X 17,26). Entonces, la memoria, además

de poder unificar en el presente del alma “el presente de las cosas pasadas, presente de las cosas presentes y presente de las futuras” (Agustín, 2012, XI 20,26), adquiere una dignidad sublime, porque sirve como morada para que Dios habite en medio de los seres humanos, pues Dios le otorgado a la “memoria este honor de permanecer en ella” (Agustín, 2012, X 25,36). De manera, que desde su conversión en su memoria permanecía viva la acción de Dios porque “desde que te conocí, permaneces en mi memoria y aquí te hallo cuando me acuerdo de ti y me deleito en ti” (Agustín, 2012, X 24,35). La hermosura de la presencia divina en la memoria es, a modo de un guardián, la única capaz de mantener vivo el saber con el paso de los tiempos.

El olvido se convierte en una de las grandes amenazas del aprendizaje, por eso el saber nos pone en la imperiosa necesidad de “cuidar con la atención que estén como puestas a la mano en la memoria, para que, donde antes se ocultaban dispersas y descuidadas, se presenten ya fácilmente a una atención familiar” (Agustín, 2012, X 11,18). Mantener la memoria es un desafío en una cultura como la nuestra que olvida con tanta facilidad, es menester no renunciar a su uso, porque si las cosas las “dejo de recordar de tiempo en tiempo, de tal modo vuelven a sumergirse y sepultarse en sus más ocultos penetrales, que es preciso, como si, fuesen nuevas, excogitarlas segunda vez en este lugar—porque no tienen otra estancia—y juntarlas de nuevo para que puedan ser sabidas, esto es, recogerlas como de cierta dispersión” (Agustín, 2012, X 11,18). La globalización nos sirve de acicate, pues nos pone frente al riesgo del desarraigo, de ser una cultura de lo inmediato que sacrifica la memoria. Es necesario volver a recuperar la memoria para que

el aprendizaje nos sea más familiar estando siempre a la mano, de que haga posible resolver los problemas humanos con la ayuda de la sabiduría de las generaciones precedentes.

Confesiones se hace portavoz junto con toda la tradición judeocristiana, que gran parte de la pérdida de nuestra identidad humana radica en el olvido de Dios, porque al romper la relación con el Creador se cae en la inevitable dispersión que despersonaliza, y una buena parte de nuestra generación sufre esta amnesia divina, que progresivamente favorece la pérdida de lo humano, manifestado en la incapacidad de amar, de vivir y de aprender lo que es digno de ser mantenido. Precisamente en contra de esa visión de una religión alienante, el Hiponense da fe de que la presencia de Dios en la vida humana es bastante estimulante para la memoria, porque Dios, en vez de debilitarla la hace más viva, “desde que te conocí no he hallado nada de ti de que no me haya acordado; pues desde que te conocí no me he olvidado de ti. Porque allí donde hallé la verdad, allí hallé a mi Dios, la misma verdad, la cual no he olvidado desde que la aprendí” (Agustín, 2012, X 24,35). Según parece, lo más importante que a menudo recordaba Agustín era la dicha de su encuentro con Dios.

La memoria sigue ejerciendo un papel preponderante en el aprendizaje, posee una amplia gama de ámbitos del saber donde se usa, como es el aprendizaje de cualquier lengua clásica o moderna, en las relaciones interpersonales, o en la interpretación de algún símbolo o signo; la memoria, no obstante la desconfianza que sufre por parte de algunas tendencias educativas, sigue siendo un camino válido para el aprendizaje, no para

tener un saber erudito al estilo de la enciclopedia sino para posibilitar una buena relación con la historia de la que hacemos parte, para entablar vínculos con el mundo que nos rodea, y por ofrecernos los datos básicos para movernos en la sociedad.

El papel que posee la memoria en el aprendizaje de la lengua es digno de ser mencionado, Agustín menciona como se dio su aprendizaje del lenguaje: “ciertamente no me enseñaron esto los mayores, presentándomelas palabras con cierto orden de método, como luego después me enseñaron las letras; sino yo mismo con el entendimiento que tú me diste, Dios mío, al querer manifestar mis sentimientos con gemidos y voces varias y diversos movimientos de los miembros, a fin de que satisficiesen mis deseos, y ver que no podía todo lo que yo quería ni a todos los que yo quería. Así, pues, cuando éstos nombraban alguna cosa, fijábala yo en la memoria, y si al pronunciar de nuevo tal palabra movían el cuerpo hacia tal objeto, entendía y colegía que aquel objeto era el denominado con la palabra que pronunciaban, cuando lo querían mostrar” (Agustín, 2012, I 8,13).

Cuando vemos o pensamos en un hombre conocido, y, olvidados de su nombre, nos ponemos a buscarle, a quien no le aplicamos cualquier otro distinto que se nos ofrezca, porque no tenemos costumbre de pensarle con él, por lo que los rechazamos todos hasta que se presenta aquel con que, por ser el acostumbrado y conocido, descansamos plenamente (Agustín, 2012, X 19,28).

Finalmente, en *Confesiones* nos encontramos con el estupendo testimonio del aprendizaje realizado por Agustín de Hipona, de la mano de Dios y en compañía de muchas personas, en especial su madre y Ambrosio que mediante su ejemplo de vida lograron afianzar su camino de fe, le facilitaron hacer un uso de las habilidades adquiridas en el campo de la retórica al servicio de Cristo y de su Iglesia. El estudio de la memoria es uno de los mejores testigos de ese aprendizaje realizado en medio de lecturas y amigos, desaciertos y logros, que se materializó por escrito en ese libro con el deseo de que no desfallezca el alma bajo tu disciplina “ni se canse de confesar tus misericordias” (Agustín, 2012, I 15, 24).

Bibliografía

- Agustín, S. (2012). *Las Confesiones*. (trad. A. Vega). Gredos.
- Brown, P. (2016) *Por el ojo de una aguja*. La riqueza, la caída de Roma y la construcción del cristianismo en occidente (350-550 d.C.). Acontilado.
- Cipriani, N. (2001). “Retórica” en el Diccionario de san Agustín. San Agustín a través del tiempo. Monte Carmelo.
- Fontaine, J. (1998). *Una revolución literaria en el Occidente Latino: las confesiones de san Agustín*. En *Ideas y Valores* 107 75-95.
- Vaught, C. (2003). *The Journey toward God in Augustine's Confessions*. University of New York.